

BALADA DE  
PÁJAROS CANTORES  
Y SERPIENTES

---

RBA MOLINO



BALADA DE  
PÁJAROS CANTORES  
Y SERPIENTES

SUZANNE COLLINS

*Traducción de*  
Pilar Ramírez Tello  
y Manuel de los Reyes

**RBA**

Este libro es una obra de ficción.  
Los nombres, los personajes, los lugares y los hechos  
que se narran son producto de la imaginación de la autora  
y se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales,  
vivas o muertas, establecimientos comerciales,  
hechos y lugares es totalmente casual.

Título original inglés: *The Ballad of Songbirds and Snakes*.

Autora: Suzanne Collins.

© Suzanne Collins, 2020.

Publicado originalmente en lengua inglesa en Estados Unidos  
por Scholastic Press, un sello de Scholastic Inc.

Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello  
y Manuel de los Reyes García Campos, 2020.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2020.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Imagen de la cubierta: Tim O'Brien.

Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

*Primera edición: junio de 2020.*

RBA MOLINO

REF.: MONL711

ISBN: 978-84-272-2028-7

DEPÓSITO LEGAL: B.6.235-2020

Impreso en España · *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito  
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida  
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

*Para Norton y Jeanne Juster*

Por tanto, resulta evidente que, cuando los hombres viven sin un poder común que los atemorice, se hallan en un estado que denominamos guerra; y se trata de una guerra de todos contra todos.

THOMAS HOBBS, *Leviatán* (1651)

El estado de naturaleza tiene una ley de naturaleza que lo rige y que concierne a todos; esa ley es la razón, y enseña a toda la humanidad que desee consultarla que, siendo todos iguales e independientes, nadie debe perjudicar a otro en lo que atañe a su vida, su salud, su libertad o sus posesiones...

JOHN LOCKE, *Segundo tratado sobre el gobierno* (1689)

El hombre nace libre; pero siempre va cargado de cadenas.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *El contrato social* (1762)

Dulce es el saber de la naturaleza;  
nuestros entrometidos intelectos  
sus hermosas formas alteran:  
para diseccionar, matamos.

WILLIAM WORDSWORTH, «Cambian las tornas»  
*Baladas líricas* (1798)

Pensé en las prometedoras virtudes que había demostrado al principio de su existencia, antes de que la aversión y el desdén de sus protectores erradicaran sus bondadosos sentimientos.

MARY SHELLEY, *Frankenstein* (1818)

Primera parte  
EL MENTOR

Coriolanus dejó caer el puñado de col en la olla de agua hirviendo y juró que llegaría el día en que aquella verdura no volvería a tocar sus labios. Sin embargo, el día todavía no había llegado. Necesitaba comerse un cuenco enorme del anémico vegetal y beberse cada gota de la sopa para que no le gruñera el estómago durante la ceremonia de la cosecha. Era una de las precauciones de la larga lista que preparaba para ocultar el hecho de que su familia, a pesar de residir en el ático del edificio de viviendas más opulento del Capitolio, era más pobre que la escoria de los distritos. Que, a sus dieciocho años, el heredero de la casa de los Snow, antes tan grandiosa, no contaba más que con su ingenio para sobrevivir.

Le preocupaba el estado de su camisa para la cosecha. Contaba con un par de pantalones oscuros bastante aceptables, comprados en el mercado negro el año anterior, pero la gente se fijaba en la camisa. Por suerte, la Academia proporcionaba los uniformes que debía llevar a diario. Sin embargo, habían pedido a los estudiantes que, para la ceremonia, se vistieran con elegancia, sin olvidar la solemnidad que requería la ocasión. Tigris le había pedido que confiara en ella, y él así lo hacía, ya que la habilidad de su prima con la aguja lo había salvado hasta ese momento. Aun así, no esperaba un milagro.

La camisa que habían desenterrado del fondo del armario (de su padre, recuerdo de tiempos mejores) estaba manchada y amarillenta por el paso del tiempo, le faltaban la mitad de los botones y tenía

una quemadura de cigarrillo en uno de los puños. Una prenda que estaba en tan malas condiciones que ni siquiera la habían vendido cuando les acució la necesidad, esa era su camisa para la cosecha. Aquella mañana, al entrar en el dormitorio de su prima, no estaban ni ella ni la camisa. No era buena señal. ¿Acaso Tigris se había rendido y había decidido aventurarse en el mercado negro, en un último intento desesperado por encontrarle una vestimenta? ¿Y qué demonios poseía que pudiera entregar a cambio? Solo una cosa: ella misma, y la casa de los Snow todavía no había caído tan bajo. ¿O acaso lo estaba haciendo mientras él salaba la col?

Pensó en la gente que podría ponerle precio. De nariz larga y puntiaguda, y extrema delgadez, Tigris no era una gran belleza, aunque su dulzura y su vulnerabilidad invitaban al abuso. Encontraría compradores si decidía buscarlos. La idea le revolvió el estómago, se sentía impotente y se despreciaba por ello.

Desde el interior del piso oyó que sonaba la grabación del himno del Capitolio, *La joya de Panem*. La trémula voz de soprano de su abuela se unió a ella y rebotó por las paredes.

Joya de Panem,  
poderosa ciudad  
resplandeciente desde el albor.

Resultaba doloroso oírla desafinar y cantar siempre desacompañada. El primer año de la guerra ponía la grabación los días festivos para inculcar el patriotismo en Coriolanus, que entonces tenía cinco años, y en Tigris, que tenía ocho. El recital diario no había dado comienzo hasta aquel negro día en que los rebeldes de los distritos rodearon el Capitolio, dejándolo sin suministros durante los dos años siguientes de la guerra. «Recordad, niños —solía decirles—: nos han sitiado, pero ¡no vencido!». Entonces cantaba el himno por

la ventana del ático, mientras las bombas llovían sobre ellos. Su pequeño acto de desafío.

Humildes nos arrodillamos  
ante tu ideal,

Y las notas que nunca lograba alcanzar...

y te prometemos nuestro amor.

Coriolanus esbozó una mueca. Los rebeldes llevaban una década guardando silencio, no así su abuela. Todavía quedaban dos estrofas para terminar.

Joya de Panem,  
corazón de la justicia,  
coronado tu mármol de sabiduría.

Se preguntó si sería posible absorber parte del sonido añadiendo más muebles a la casa, aunque se trataba de un planteamiento puramente teórico. En aquel momento, su ático era un microcosmos del Capitolio en sí, marcado por las cicatrices de los implacables ataques rebeldes. Las grietas recorrían las paredes de seis metros de altura, las molduras del techo estaban salpicadas de agujeros dejados por fragmentos de yeso caído y unas feas tiras de cinta aislante negra sujetaban los cristales rotos de las ventanas en arco que daban a la ciudad. A lo largo de la guerra y la década posterior, la familia se había visto obligada a vender o trocar muchas de sus posesiones, de modo que algunas de las habitaciones estaban completamente vacías y cerradas, y, en las demás, pocos muebles quedaban. Y, lo que era peor, durante el frío intenso del último invierno del asedio habían tenido que

sacrificar elegantes enseres de madera labrada e innumerables volúmenes de libros para alimentar la chimenea y evitar morir congelados. Había llorado cada vez que veía las coloridas páginas de sus libros ilustrados (los mismos que había leído junto a su madre con tanta atención) reducidas a cenizas. Pero mejor triste que muerto.

Como había estado en los pisos de sus amigos, Coriolanus sabía que la mayoría de las familias ya habían empezado a reparar sus hogares, pero los Snow ni siquiera se podían permitir unos metros de lino para una nueva camisa. Pensó en sus compañeros de clase, que estarían examinando sus armarios o poniéndose sus nuevos trajes a medida, y se preguntó durante cuánto tiempo podría mantener las apariencias.

Tú nos das la luz,  
tú nos unes de nuevo,  
y a ti te entregamos nuestra vida.

Si la camisa remozada por Tigris resultaba inservible, ¿qué haría? ¿Fingir que tenía la gripe y avisar de que estaba enfermo? Lo tacharían de débil. ¿Presentarse con la camisa del uniforme? Lo considerarían irrespetuoso. ¿Embutirse en la camisa roja que le quedaba pequeña desde hacía dos años? Lo tildarían de pobre. ¿La opción aceptable? Ninguna de las anteriores.

Puede que Tigris hubiera ido a pedir ayuda a su jefa, Fabricia Loque, una mujer tan ridícula como su nombre, pero con evidente talento para la moda reciclada: ya se pusieran de moda el cuero, las plumas, el plástico o la felpa, ella encontraba la forma de incorporarlos a un precio razonable. Como a Tigris no se le daban bien los estudios, había renunciado a la universidad tras graduarse en la Academia para perseguir su sueño de convertirse en diseñadora. Se suponía que era una aprendiz, pero Fabricia la trataba casi como a

una esclava, y le exigía masajes en los pies y que quitara sus largos cabellos de color magenta, que obstruían los desagües. No obstante, Tigris no se quejaba nunca, y no permitía que nadie criticara a su jefa porque estaba encantada y muy agradecida de haber conseguido un puesto dentro de la industria de la moda.

Joya de Panem,  
reflejo del poder,  
fuerza en la paz, escudo en la guerra.

Coriolanus abrió el frigorífico con la esperanza de encontrar algo con lo que darle más sabor a la sopa. La única ocupante del electrodoméstico era una sartén metálica. Cuando levantó la tapa, una pastosa papilla de patatas ralladas le devolvió la mirada. ¿Acaso su abuela por fin había decidido cumplir su amenaza de aprender a cocinar? ¿Sería comestible aquella porquería? Tapó de nuevo la sartén hasta tener más información que analizar. Menudo lujo habría sido tirarla a la basura sin pensárselo dos veces. Menudo lujo tener basura. Recordó, o creyó hacerlo, cuando era muy pequeño y veía los camiones de la basura de los que se encargaban los avox (los obreros sin lengua eran los más cumplidores, según su abuela) zumbando por las calles, vaciar las enormes bolsas de basura, los contenedores, los artículos domésticos viejos. Hasta que llegó el momento en que nada era desechable, todas las calorías eran buenas y cualquier objeto podía cambiarse por algo, quemarse para protegerse del frío o pegarse a la pared a modo de aislamiento. Todos habían aprendido a despreciar el despilfarro, aunque empezaba a ponerse de moda otra vez, insidioso. Señal de prosperidad, como una camisa en condiciones.

Con tu mano acorazada  
protege nuestro Capitolio, nuestra vida,

La camisa. La camisa. Su mente a veces se obsesionaba así con un problema (con cualquier cosa, en realidad) y no lo soltaba. Como si controlar un elemento de su mundo lo salvara de la ruina. Era una mala costumbre que le impedía ver otros posibles riesgos. La tendencia a la fijación estaba programada en su cerebro, y era muy probable que acabara con él si no aprendía a superarla.

La voz de su abuela graznó el crescendo final.

¡nuestra tierra!

La vieja loca todavía se aferraba a los días anteriores a la guerra. La adoraba, pero hacía muchos años que había perdido el contacto con la realidad. Siempre que se sentaban a comer, parloteaba sobre la legendaria grandeza de los Snow, incluso cuando su dieta consistía en sopa aguada de alubias y galletas saladas rancias. Y oyéndola hablar se diría que les esperaba un futuro glorioso, sin lugar a dudas. «Cuando Coriolanus sea presidente...», solía comenzar sus frases. «Cuando Coriolanus sea presidente» todo se corregiría como por arte de magia, desde la cochambrosa fuerza aérea del Capitolio hasta el desorbitado precio de las chuletas de cerdo. Era una suerte que el ascensor roto y sus piernas artríticas le impidieran salir mucho de casa, y que sus escasas visitas estuviesen tan fosilizadas como ella.

La col rompió a hervir y perfumó la cocina con el aroma de la pobreza. Coriolanus la apuñaló con una cuchara de madera. Tigris seguía sin aparecer. Pronto sería demasiado tarde para llamar y poner una excusa. Ya estarían todos reunidos en el Salón Heavensbee de la Academia. Tendría que enfrentarse al enfado y a la decepción de su profesora de comunicaciones, Satyria Click, que había hecho campaña para que le concedieran uno de los veinticuatro codiciados puestos de mentor de los Juegos del Hambre. Además de ser el favorito de Satyria, era su asistente, y seguro que lo necesitaría

aquel día. La profesora era impredecible, sobre todo cuando bebía, y eso se daba por hecho el día de la cosecha. Lo mejor sería llamar y avisarla, decirle que no paraba de vomitar o algo así, pero que haría todo lo posible por recuperarse. Se preparó mentalmente y, cuando se disponía a coger el teléfono para alegar enfermedad extrema, se le ocurrió otra cosa: si no aparecía, ¿dejaría la profesora que lo sustituyeran como mentor? Y, en tal caso, ¿mermaría eso sus posibilidades de conseguir uno de los premios que entregaba la Academia a los graduados? Sin ese premio no podría permitirse ir a la universidad, lo que significaba quedarse sin carrera, lo que a su vez significaba decirle adiós a su futuro, y a saber qué pasaría con su familia, y...

La puerta principal, combada, se abrió entre raspones y gruñidos.

—¡Coryo! —lo llamó Tigris, y él cogió el teléfono de golpe. Se había quedado con el apodo que su prima le había puesto de pequeño.

Salió corriendo de la cocina, chocó contra ella y a punto estuvo de derribarla, pero la muchacha estaba demasiado emocionada para regañarlo.

—¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí! Bueno, al menos he conseguido algo. —Dio unos cuantos pasos rápidos sin moverse del sitio mientras levantaba una percha envuelta en una vieja funda para trajes—. ¡Mira, mira, mira!

Coriolanus abrió la cremallera de la funda y sacó la camisa.

Era preciosa. No, mejor aún: era elegante. El grueso lino ya no era ni del blanco original ni amarillento por el paso de los años, sino de un delicioso color crema. Había sustituido los puños y el cuello por terciopelo negro, y los botones eran cubos de oro y ébano. Teselas. Cada una de ellas tenía dos agujeritos diminutos para introducir el hilo.

—Eres un genio —le dijo con total sinceridad—. Y la mejor prima del mundo. —Procurando mantener un brazo estirado para proteger la camisa, la abrazó con el otro—. ¡Los Snow siempre caen de pie!

—¡Los Snow siempre caen de pie! —se pavoneó Tigris. Era el dicho que los había ayudado a sobrevivir a la guerra, cuando cada día era una lucha constante por no acabar bajo tierra.

—Cuéntamelo todo —le pidió, sabiendo que su prima estaría deseando hacerlo; le encantaba hablar de ropa.

Tigris alzó las manos y dejó escapar una risa entrecortada.

—¿Por dónde empiezo?

Y empezó por la lejía. Le comentó a Fabricia que las cortinas blancas de su dormitorio parecían sucias y, al dejarlas en remojo con lejía, metió también la camisa. La prenda había reaccionado muy bien, pero, por mucho que la empapara, era imposible eliminar las manchas. Así que la había hervido con un puñado de caléndulas marchitas que había encontrado en el contenedor de basura de la vecina de Fabricia, y las flores habían teñido el lino lo justo para ocultar las manchas. El terciopelo de los puños procedía de una enorme bolsa de terciopelo con cordones en la que guardaban una de las placas, ya inservibles, de su abuelo. Las teselas las había arrancado del interior de un armario del baño de la doncella. Le había pedido al encargado de mantenimiento del edificio que les taladrara unos agujeros a cambio de arreglarle el mono de trabajo.

—¿Eso ha sido esta mañana? —le preguntó Coriolanus.

—No, no, ayer. El domingo. Esta mañana... ¿Has encontrado mis patatas? —La siguió a la cocina, donde abrió el frigorífico y sacó la sartén—. Me quedé despierta hasta las tantas sacándoles el almidón. Después fui corriendo a casa de los Dolittle para usar una plancha en condiciones. ¡Estas las he reservado para la sopa!

Tigris volcó el revoltijo de la sartén sobre la col que hervía al fuego y lo removió todo con la cuchara.

Su primo se fijó en los círculos violáceos bajo sus ojos de color castaño dorado y no pudo reprimir una punzada de culpa.

—¿Cuánto hace que no duermes? —le preguntó a Tigris.

—Bah, estoy bien. Me comí las peladuras de patata. Dicen que ahí están las vitaminas. Además, hoy es la cosecha, ¡así que podríamos decir que es día de fiesta! —añadió alegremente.

—No con Fabricia.

En realidad, no lo era en ninguna parte. El día de la cosecha era algo horrible en los distritos, pero tampoco se celebraba mucho en el Capitolio. Como a él, a casi nadie le agradaba recordar la guerra. Tigris se pasaría el día pendiente de Fabricia y de su variopinto grupo de invitados, que intercambiarían lúgubres historias de las privaciones pasadas durante el sitio y beberían hasta perder el conocimiento. Lo peor vendría al día siguiente, cuando le tocara ayudarlos con sus resacas.

—Deja de preocuparte. Toma, ¡date prisa y come!

Tigris sirvió sopa en un cuenco y lo dejó sobre la mesa.

Coriolanus le echó un vistazo al reloj, se tragó la sopa sin importarle que le quemara la lengua y corrió a su dormitorio con la camisa. Ya estaba duchado y afeitado, y, por suerte, no le había salido ninguna espinilla que afeara sus pálidas facciones. La ropa interior y los calcetines negros que le proporcionaba la Academia estaban bien. Se subió los pantalones de vestir, que eran más que aceptables, y se calzó un par de botas de cuero con cordones. Le quedaban demasiado pequeñas, pero podía soportarlo. Después se puso la camisa con mucha cautela, se la remetió y se volvió hacia el espejo. No era tan alto como debiera. Como había ocurrido con muchos de los de su generación, lo más probable era que la pobreza de su dieta hubiera frenado su crecimiento. Sin embargo, tenía un cuerpo atlético, un porte excelente, y la camisa enfatizaba los puntos fuertes de su físico. No lucía un aspecto tan regio desde que era pequeño, cuando su abuela lo paseaba por las calles vestido con su traje de terciopelo morado. Se alisó los rizos rubios mientras le susurraba a su imagen con un tono de burla:

—Coriolanus Snow, futuro presidente de Panem, yo te saludo.

A modo de agradecimiento a Tigris, realizó una entrada triunfal en la sala de estar, extendiendo los brazos mientras daba una vuelta completa para presumir de camisa.

Ella chilló, encantada, y aplaudió.

—¡Estás fantástico! ¡Guapísimo y a la moda! ¡Ven a verlo, abuelatriz!

Era otro de los apodos acuñados por la pequeña Tigris, para la que «abuela» o, peor aún, «yaya», no estaban a la altura de alguien tan imperial.

Su abuela apareció con una rosa roja recién cortada acunada entre las trémulas manos. Vestía una túnica larga y suelta, de color negro, de las que eran tan populares antes de la guerra y se habían quedado ya tan anticuadas que daban risa, y un par de babuchas bordadas con las puntas en curva que habían pertenecido a un disfraz. Algunos mechones de fino cabello blanco le asomaban por el borde de un turbante de terciopelo enmohecido. Eran los restos de lo que antes fuera un armario fastuoso; las pocas prendas decentes se guardaban para las visitas o para sus escasas incursiones en la ciudad.

—Toma, niño. Póntela. Recién cortada de mi jardín de la azotea —le ordenó.

Al aceptar la rosa de las temblorosas manos de su abuela, se pinchó con una espina. La sangre brotó de la herida de la palma, así que mantuvo la mano alejada del cuerpo para no mancharse su preciada camisa. La anciana parecía perpleja.

—Solo quería que estuvieras elegante —le dijo.

—Claro que sí, abuelatriz —repuso Tigris—. Y así será.

Mientras conducía a Coriolanus a la cocina, él se recordó que el autocontrol era una habilidad esencial y que debía sentirse agradecido por las oportunidades que su abuela le ofrecía todos los días para practicarlos.

—Las heridas de punción no sangran mucho —le aseguró Tigris mientras se la limpiaba y vendaba a toda prisa. Después cortó el tallo de la rosa, dejó unas cuantas hojas y se la prendió en la camisa—. Sí que estás elegante. Ya sabes lo importantes que son para ella las rosas. Dale las gracias.

Eso hizo. Les dio las gracias a las dos y se fue disparado hacia la puerta, bajó a toda velocidad los doce tramos de recargadas escaleras, cruzó el vestíbulo y salió al Capitolio.

La entrada principal del edificio daba al Corso, una avenida tan amplia que, en los viejos tiempos, cuando el Capitolio organizaba sus demostraciones de pompa militar para regocijo de la multitud, cabían cómodamente ocho carros en paralelo. Coriolanus recordaba verlas de pequeño desde los balcones del piso, mientras los invitados a la fiesta se jactaban de tener asientos de primera fila para los desfiles. Entonces llegaron los bombarderos y, durante mucho tiempo, su bloqueo fue infranqueable. Aunque las calles ya estaban despejadas, los escombros todavía se apilaban en las aceras y había edificios enteros tan destrozados como el primer día. Diez años después de la victoria, todavía tenía que rodear fragmentos de mármol y granito para llegar a la Academia. A veces, Coriolanus se preguntaba si los dejaban allí para recordarles a los ciudadanos lo que habían sufrido. La gente tenía muy mala memoria. Era necesario que esquivaran escombros, que arrancaran los mugrientos cupones de racionamiento y asistieran a los Juegos del Hambre para mantener la guerra viva en su recuerdo. El olvido daba lugar al exceso de confianza, y entonces volverían todos a la casilla de salida.

Cuando dobló por la calle de los Sabios intentó controlar su ritmo. Quería llegar a tiempo, pero fresco y sereno, no hecho un espantajo sudoroso. Aquel día de la cosecha, como la mayoría, prometía ser abrasador. ¿Qué se podía esperar del cuatro de julio? Agradecía el perfume de la rosa de su abuela porque su camisa, cada vez

más caliente, despedía un tenue aroma a patatas y caléndulas marchitas.

La Academia, la mejor escuela del Capitolio, educaba a la prole de los ciudadanos destacados, ricos e influyentes. Con sus más de cuatrocientos alumnos en cada curso, Tigris y Coriolanus habían logrado entrar sin muchas dificultades gracias a la larga historia de su familia en la institución. A diferencia de la universidad, era gratuita, y ofrecía la comida de mediodía y el material escolar, además de los uniformes. Todo el que era alguien asistía a la Academia, y Coriolanus necesitaba esos contactos para cimentar su futuro.

La majestuosa escalera que daba entrada a la Academia tenía cabida para todo el alumnado, así que había espacio de sobra para el flujo constante de autoridades, profesores y estudiantes que acudían a las festividades del día de la cosecha. Coriolanus la subió despacio, intentando moverse con una dignidad natural, por si alguien lo miraba. La gente lo conocía (o, al menos, habían conocido a sus padres y abuelos), y de los Snow se esperaba un mínimo estándar. Aquel año, empezando por ese mismo día, esperaba lograr también el reconocimiento personal. La mentoría en los Juegos del Hambre era su proyecto final antes de la graduación de la Academia en verano. Una actuación impresionante como mentor, sumada a su excelente expediente académico, le aseguraría un premio en metálico lo bastante cuantioso como para pagar su matrícula universitaria.

Habría veinticuatro tributos —un chico y una chica por cada uno de los doce distritos derrotados—, elegidos mediante sorteo para luchar a muerte en la arena de los Juegos del Hambre. Estaba todo recogido en el Tratado de la Traición que había acabado con los Días Oscuros de la rebelión de los distritos, uno de los muchos castigos impuestos a los insurgentes. Como en el pasado, meterían a los tributos en el Estadio del Capitolio —un anfiteatro que se usaba para los deportes y el entretenimiento antes de la guerra—, y

se les proporcionarían armas con las que asesinarse entre ellos. El Capitolio animaba a sus ciudadanos a ver el espectáculo, pero mucha gente lo evitaba. El reto consistía en convertirlo en un acontecimiento más atractivo.

Con esto en mente, por primera vez se había decidido que los tributos contaran con mentores. Veinticuatro de los mejores alumnos de último curso de la Academia eran los elegidos para el trabajo, aunque todavía se estaban concretando los detalles de lo que eso suponía. Se hablaba de preparar a cada uno de los tributos para una entrevista personal, quizá incluso mostrarlos acicalados ante las cámaras. Todo el mundo coincidía en que, para que continuaran los Juegos del Hambre, debían evolucionar hasta convertirse en una experiencia significativa, y emparejar a la juventud del Capitolio con los tributos de los distritos intrigaba a los ciudadanos.

Coriolanus cruzó una entrada adornada con pendones negros, recorrió un pasillo de techo abovedado y entró en el cavernoso Salón Heavensbee, desde donde verían la retransmisión de la ceremonia de la cosecha. No llegaba tarde, ni mucho menos, pero el salón ya estaba repleto de profesores y estudiantes, además de unos cuantos encargados de los Juegos cuya presencia no era necesaria para retransmitir el día de la inauguración.

Los avox circulaban entre la multitud con bandejas de posca, un brebaje de vino aguado mezclado con miel y hierbas. Se trataba de una versión alcohólica del ácido mejunje del que había dependido el Capitolio durante la guerra y que, supuestamente, protegía de las enfermedades. Coriolanus cogió una copa y se enjuagó la boca con la esperanza de que borrara cualquier rastro del aliento a col. Sin embargo, solo se permitió un trago. La bebida era más fuerte de lo que pensaba la mayoría, y en los años anteriores había visto al alumnado de último curso ponerse en ridículo por ingerir demasiada.

El mundo todavía pensaba que Coriolanus era rico, aunque su

única moneda de cambio era su encanto, que procuraba repartir con generosidad mientras se paseaba entre la gente. Los rostros se iluminaban cuando saludaba con simpatía a unos y a otros, preguntando por miembros de la familia y soltando algún que otro cumplido.

—No me quito de la cabeza su clase sobre la represalia de los distritos.

—¡Me encanta tu flequillo!

—¿Cómo fue la operación de espalda de tu madre? Bueno, dile que es mi heroína.

Dejó atrás las sillas acolchadas dispuestas para la ocasión y siguió hasta la tarima, donde Satyria regalaba los oídos de un grupo de profesores de la Academia y responsables de los Juegos con una de sus alocadas historias. Aunque solo logró escuchar la última frase («Bueno, le dije, siento lo de su peluca, pero ¡fue usted el que insistió en que llevara un mono!»), se unió obedientemente al coro de risas posterior.

—Ah, Coriolanus —dijo Satyria arrastrando las palabras mientras le hacía señas para que se acercara—. Aquí está mi pupilo estrella.

Él le dio el consabido beso en la mejilla y se fijó en que la profesora ya le llevaba varias copas de posca de ventaja. Lo cierto era que tenía que empezar a controlar su problema con la bebida, aunque lo mismo cabía decir de la mitad de los adultos que conocía. La automedicación era una epidemia que asolaba la ciudad. A pesar de todo, Satyria era graciosa y no demasiado estirada, uno de los pocos profesores que permitía que los alumnos la llamaran por su nombre de pila. La mujer se retiró unos pasos y lo examinó.

—Una camisa preciosa. ¿De dónde la has sacado?

Él se miró la prenda como si le sorprendiera su existencia y se encogió de hombros, como un joven con opciones ilimitadas.

—Los Snow tenemos armarios con mucho fondo —respondió alegremente—. Intentaba conseguir un aspecto respetuoso pero festivo.

—Y lo has conseguido. ¿Qué son esos ingeniosos botones?  
—preguntó Satyria mientras tocaba uno de los cubos del puño—.  
¿Teselas?

—Ah, ¿sí? Bueno, eso explica por qué me recuerdan al baño de la doncella —respondió él, lo que provocó las risas de los amigos de la profesora.

Aquella era la impresión que se esforzaba por dar: un recordatorio de que era una de las pocas personas del Capitolio con un cuarto de baño para la doncella (y, encima, uno con mosaicos de teselas), templado por la chanza sobre su camisa.

Señaló a Satyria con la cabeza.

—Un vestido precioso. Es nuevo, ¿verdad?

Le había bastado un vistazo para saber que se trataba del mismo vestido que siempre lucía en la ceremonia de la cosecha, al que había añadido unos penachos de plumas negras. No obstante, ella había validado su camisa, así que tenía que devolverle el favor.

La profesora recibió la pregunta con los brazos abiertos.

—Lo encargué especialmente para la ocasión —respondió—.  
Por ser el décimo aniversario y tal.

—Elegante —dijo Coriolanus.

La verdad es que no hacían mal equipo.

Su deleite se interrumpió en seco al ver a la encargada del gimnasio, la profesora Agrippina Sickle, que usaba sus musculosos hombros para abrirse camino entre la multitud. A su lado se encontraba su asistente, Sejanus Plinth, que cargaba con el escudo decorativo que la profesora Sickle insistía en llevar todos los años para la fotografía de grupo. Se lo habían concedido al final de la guerra por el éxito obtenido en la supervisión de los simulacros de seguridad de la Academia durante los bombardeos.

Sin embargo, lo que llamó la atención de Coriolanus no fue el escudo, sino la ropa de Sejanus: un suave traje de color gris oscuro,

con una camisa de un blanco cegador compensado por una corbata de cachemira, ajustado para aportar elegancia a su figura, alta y angulosa. El conjunto era moderno y nuevo, y olía a dinero. A especulación en tiempos de guerra, en concreto. El padre de Sejanus era un fabricante del Distrito 2 que había tomado partido por el presidente. La fortuna que había amasado con las municiones le permitió comprarle una vida a su familia en el Capitolio. Los Plinth disfrutaban de los privilegios que las familias más antiguas y poderosas se habían ganado tras varias generaciones. Era algo sin precedentes que Sejanus, un chico nacido en los distritos, fuera alumno de la Academia, pero la generosa donación de su padre había pagado gran parte de la reconstrucción de la escuela tras la guerra. Un ciudadano nacido en el Capitolio habría esperado que bautizaran un edificio con su apellido, pero el padre de Sejanus solo había pedido una educación para su hijo.

Coriolanus consideraba que la gente como los Plinth suponía una amenaza para todo lo que valoraba. Los arribistas nuevos ricos del Capitolio socavaban el viejo orden con su mera presencia. Era más molesto, si cabe, porque el grueso de la fortuna de la familia Snow también se había invertido en munición... en el Distrito 13. Tras las bombas, su enorme complejo, los innumerables edificios de fábricas e instalaciones de investigación habían quedado reducidos a polvo. Habían destruido el Distrito 13 con armas nucleares, y la zona aún emitía unos niveles de radiación incompatibles con la vida humana. El centro de fabricación militar del Capitolio se había trasladado al Distrito 2, donde había caído en manos de los Plinth. Cuando las noticias de la desaparición del Distrito 13 llegaron al Capitolio, la abuela de Coriolanus le había restado importancia en público, afirmando que, por suerte, tenían muchos otros activos. Pero no era cierto.

Sejanus había llegado al patio del colegio diez años antes; era un niño tímido y sensible que examinaba con cautela a los demás críos

con unos enternecedores ojos castaños demasiado grandes para su fatigado rostro. Cuando se corrió la voz de que procedía de los distritos, el primer impulso de Coriolanus fue unirse a la campaña de sus compañeros para convertir la vida del nuevo en un infierno. Tras pensárselo con calma, decidió que lo mejor era no hacerle caso. Mientras los demás niños del Capitolio lo interpretaron como que cebarse del mocoso de los distritos era indigno de él, Sejanus lo tomó por decencia. Ninguna de las dos explicaciones era del todo correcta, aunque ambas reforzaban la imagen ejemplar que Coriolanus deseaba ofrecer.

La profesora Sickle, una mujer de formidable estatura, se plantó en el círculo de Satyria y desperdigó a sus inferiores a los cuatro vientos.

—Buenos días, profesora Click.

—Ah, Agrippina, bien. Te has acordado de tu escudo —respondió Satyria tras aceptar un firme apretón de manos—. Me preocupa que la juventud olvide el verdadero significado de este día. Sejanus, qué elegante estás.

Sejanus intentó hacer una reverencia y le cayó un mechón de pelo rebelde sobre los ojos. El engorroso escudo le dio en el pecho.

—Demasiado elegante —comentó la profesora Sickle—. Le he dicho que, de querer un pavo real, habría llamado a la tienda de mascotas. Deberían ir todos de uniforme. —Miró a Coriolanus—. Ese no es del todo horrendo. ¿La antigua camisa del uniforme de gala de tu padre?

¿Lo era? Coriolanus no tenía ni idea. Le vino a la cabeza el borroso recuerdo de su padre con un impecable traje de gala repleto de medallas. Decidió aprovechar la oportunidad.

—Gracias por fijarse, profesora. Encargué los arreglos para dejar claro que yo no he luchado en el frente. Pero quería que él estuviese hoy conmigo.

—Muy apropiado —respondió la profesora Sickle, que después se concentró en Satyria y en sus opiniones sobre el último despliegue de tropas de agentes de la paz, los soldados de la nación, al Distrito 12, donde los mineros no cumplían sus cuotas.

Como las profesoras estaban a lo suyo, Coriolanus señaló el escudo con la cabeza.

—Hoy te toca entrenamiento, ¿eh?

—Siempre es un honor ser de ayuda —respondió Sejanus sonriendo con ironía.

—Se ve que te has esforzado mucho en darle brillo —contestó Coriolanus. Sejanus se tensó por si insinuaba... ¿Qué? ¿Que era un lameculos? ¿Un lacayo? Permitió que la situación se volviera incómoda antes de suavizarla—. Sé lo que me digo: yo me encargo de todas las copas de vino de Satyria.

—¿En serio? —preguntó Sejanus, más relajado.

—No, qué va. Pero solo porque todavía no se le ha ocurrido —respondió Coriolanus, que oscilaba entre el desdén y la camaradería.

—La profesora Sickle siempre piensa en todo. No duda en llamarme, ya sea de día o de noche. —Daba la impresión de que Sejanus quería continuar, pero al final se limitó a dejar escapar un suspiro—. Y, por supuesto, ahora que voy a graduarme, nos mudamos más cerca de la escuela. Una sincronización perfecta, como siempre.

—¿Adónde? —preguntó su compañero, receloso.

—A algún sitio del Corso. Dentro de poco sacarán a la venta muchas de esas viviendas tan lujosas. Los propietarios no pueden permitirse los impuestos o algo sí, según me contó mi padre. —El escudo arañó el suelo, así que Sejanus volvió a levantarlo.

—En el Capitolio no se pagan impuestos por las propiedades. Eso solo pasa en los distritos.

—Es una ley nueva. Para recaudar dinero con el que reconstruir la ciudad.

Coriolanus intentó reprimir el pánico. Una ley nueva. Que establecía un impuesto por su piso. ¿A cuánto ascendería? Apenas sobrevivían con el miserable sueldo de Tigris, la irrisoria pensión militar que recibía la abuela por los servicios prestados por su marido a Panem, y su retribución como dependiente y huérfano de un héroe de guerra, y que se acabaría en cuanto se graduase. Si no podían pagar los impuestos, ¿perderían el piso? Era lo único que tenían. Venderlo no ayudaría; sabía que su abuela había pedido prestado hasta el último centavo que valía. Si lo vendían, se quedarían prácticamente sin nada. Tendrían que mudarse a algún barrio perdido y unirse a las mugrientas filas de los ciudadanos corrientes, sin estatus, sin influencia, sin dignidad. La deshonra mataría a su abuela. Sería más humano tirarla por la ventana de su ático; al menos, sería rápido.

—¿Estás bien? —le preguntó Sejanus, desconcertado—. Acabas de quedarte blanco como la cal.

—Creo que es la posca —respondió Coriolanus tras recuperar la compostura—. Me revuelve el estómago.

—Sí. Ma siempre me obligaba a beberla durante la guerra.

¿Ma? ¿Acaso a Coriolanus le iba a usurpar el puesto alguien que se refería a su madre como «Ma»? La col y la posca amenazaban con reaparecer. Respiró hondo y obligó a su estómago a retenerlas; nunca antes había odiado tanto a Sejanus desde la primera vez que el rechoncho niño de los distritos se le acercó con su palurdo acento y una bolsa de gominolas en la mano.

Coriolanus oyó una campana y vio que sus compañeros se reunían frente al estrado.

—Supongo que ha llegado el momento de asignarnos tributos —dijo Sejanus con tristeza.

El otro chico lo siguió a una sección especial de asientos, de seis filas por cuatro, que habían preparado para los mentores. Intentó quitarse de la cabeza la crisis de la vivienda para centrarse en la tarea

crucial que tenía entre manos. Era más importante que nunca que destacara y, para ello, debían asignarle un tributo competitivo.

El decano Casca Highbottom, el hombre al que se le atribuía la creación de los Juegos del Hambre, supervisaba en persona el programa de mentorías. Se presentó al alumnado con el ímpetu de un sonámbulo, con la mirada perdida, como siempre, dopado de morfina. Su cuerpo, antes esbelto, se había encogido y cubierto de pliegues de piel sobrante. La precisión de su reciente corte de pelo y el traje nuevo no servían más que para poner de relieve su deterioro. Todavía conservaba a duras penas su puesto gracias a la fama obtenida como inventor de los Juegos, pero se rumoreaba que la Junta de la Academia empezaba a perder la paciencia.

—Hola a todos —dijo arrastrando las palabras mientras agitaba por encima de la cabeza un trozo arrugado de papel—. Voy a leer esto. —Los estudiantes guardaron silencio para intentar oírlo por encima del ruido del salón—. Os leeré un nombre y después a quién le toca, ¿vale? De acuerdo. El chico del Distrito 1 es para... —El decano Highbottom examinó el papel con los ojos entornados, intentando enfocarlos—. Mis gafas —masculló—, se me han olvidado. —Todo el mundo se quedó mirando sus gafas, que ya llevaba puestas, y esperó a que sus dedos las encontraran—. Ah, eso es. Livia Cardew.

La carita puntiaguda de Livia se iluminó con una sonrisa antes de alzar un puño al aire, victoriosa, y gritar un «¡Sí!» estridente. Tenía tendencia a regodearse. Como si le hubieran asignado aquel tributo tan goloso por sus méritos y no porque su madre dirigía el banco más grande del Capitolio.

La desesperación de Coriolanus aumentó a medida que el decano Highbottom bajaba a trompicones por la lista y asignaba un mentor al chico y a la chica de cada distrito. Al cabo de diez años, había acabado por establecerse un patrón: los distritos 1 y 2, mejor

alimentados y en mejores términos con el Capitolio, producían más vencedores, seguidos de cerca por los tributos del 4 y el 11, los distritos de la pesca y la agricultura. Coriolanus había esperado que le tocara uno del 1 o del 2, pero no fue así, lo que le resultó aún más insultante cuando a Sejanus le asignaron el chico del Distrito 2. El Distrito 4 pasó sin que se mencionara su nombre, y su última oportunidad de conseguir un posible vencedor (el chico del Distrito 11) se perdió al recibirlo Clemensia Dovecote, hija del secretario de Energía. A diferencia de Livia, Clemensia recibió la buena noticia con tacto, y se echó la larga melena negro cuervo por encima del hombro mientras anotaba meticulosamente el nombre del tributo en su carpeta.

Algo iba mal cuando un Snow, que además resultaba ser uno de los mejores alumnos de la Academia, no recibía el merecido reconocimiento. Coriolanus empezaba a pensar que se habían olvidado de él (¿acaso pensaban concederle un puesto especial?) cuando, horrorizado, oyó que el decano balbuceaba:

—Y, por último, pero no por ello menos importante, la chica del Distrito 12... pertenece a Coriolanus Snow.